La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II
A TORONTO, CIUDAD DE GUATEMALA Y CIUDAD DE MÉXICO

XVII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

FIESTA DE ACOGIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Toronto, Exhibition Place
Jueves 25 de julio de 2002

Queridos jóvenes:

1. Lo que acabamos de escuchar es la *charta magna* del cristianismo: *la página de las Bienaventuranzas*. Hemos vuelto a ver, con los ojos del corazón, la escena de entonces. Una multitud de personas se agolpa en torno a Jesús en la montaña: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, llegados de Galilea, pero también de Jerusalén, de Judea, de las ciudades de la Decápolis, de Tiro y Sidón. Todos están a la espera de una palabra, de un gesto que les dé consuelo y esperanza.

También nosotros nos hallamos reunidos aquí, esta tarde, *para ponernos a la escucha del Señor*. Os miro con gran afecto: venís de las diversas regiones de Canadá, de Estados Unidos, de América central, de América del sur, de Europa, de África, de Asia y de Oceanía. He escuchado vuestras voces jubilosas, vuestros gritos, vuestros cantos, y he percibido las profundas expectativas que laten en vuestro corazón: *¡queréis ser felices!*

Queridos jóvenes, son numerosas y atractivas las propuestas que se os presentan desde todas partes: muchos os hablan de una alegría que se puede obtener con el dinero, con el éxito, con el poder. Sobre todo os hablan de una alegría que coincide con el placer superficial y efímero de los

sentidos.

2. Queridos amigos, a vuestro anhelo joven de ser felices, el anciano Papa responde con una palabra que no es suya. Es una palabra que resonó hace dos mil años. La acabamos de escuchar esta tarde: "Bienaventurados...". La palabra clave de la enseñanza de Jesús es un anuncio de alegría: "Bienaventurados...".

El hombre está hecho para la felicidad. Por tanto, vuestra sed de felicidad es legítima. *Cristo tiene la respuesta* a vuestra expectativa. Con todo, os pide que os fiéis de él. *La alegría verdadera es una conquista*, que no se logra sin *una lucha larga y difícil*. Cristo posee el secreto de la victoria.

Ya conocéis *los antecedentes*. Los narra el libro del *Génesis*: Dios creó al hombre y a la mujer en un paraíso, el Edén, porque quería que fueran felices. Por desgracia, el pecado trastornó sus proyectos iniciales. Dios no se resignó a esta derrota. Envió a su Hijo a la tierra para devolver al hombre la perspectiva de un cielo aún más hermoso. *Dios se hizo hombre* -como subrayaron los Padres de la Iglesia- *para que el hombre pudiera llegar a ser Dios.* Este es el cambio decisivo que la Encarnación imprimió a la historia humana.

3. ¿Dónde está la lucha? La respuesta nos la da Cristo mismo. San Pablo escribió: "Siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que (...) tomando condición de siervo (...), se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte" (*Flp* 2, 6-8). Fue una lucha hasta la muerte. Cristo la libró no por sí sino por nosotros. *De aquella muerte ha brotado la vida*. La tumba del Calvario se ha convertido en *la cuna de la humanidad nueva* en camino hacia la felicidad verdadera.

El "Sermón de la montaña" *traza el mapa de este camino*. Las ocho Bienaventuranzas son las señales de tráfico que indican la dirección que es preciso seguir. *Es un camino en subida*, pero Jesús lo ha recorrido primero. Y él está dispuesto a recorrerlo de nuevo con vosotros. Un día dijo: "El que me siga no caminará en la oscuridad" (*Jn* 8, 12). En otra circunstancia añadió: "Os he dicho esto *para que mi gozo esté en vosotros,* y vuestro gozo sea colmado" (*Jn* 15, 11).

Caminando con Cristo es como *se puede conquistar la alegría*, la verdadera alegría. Precisamente por esta razón él os ha dirigido también hoy un anuncio de alegría: "Bienaventurados...".

Acogiendo ahora su cruz gloriosa, la cruz que ha recorrido, juntamente con los jóvenes, los caminos del mundo, dejad que resuene en el silencio de vuestro corazón esta palabra consoladora y exigente: "Bienaventurados...".

(Después de que los jóvenes llevaron en procesión la cruz de la Jornada mundial, Juan Pablo II continuó con su discurso.)

4. Reunidos en torno a la cruz del Señor, contemplémoslo a él: Jesús no se limitó a *proclamar* las Bienaventuranzas; *también las vivió.* Al repasar su vida, releyendo el Evangelio, quedamos admirados: el más pobre de los pobres, el ser más manso entre los humildes, la persona de corazón más puro y misericordioso es precisamente él, Jesús. Las Bienaventuranzas no son más que la descripción de un rostro, *su Rostro*.

Al mismo tiempo, las Bienaventuranzas *describen al cristiano*: son el retrato del discípulo de Jesús, la fotografía del hombre que ha acogido el reino de Dios y quiere sintonizar su vida con las exigencias del Evangelio. A este hombre Jesús se dirige llamándolo "bienaventurado".

La alegría que las Bienaventuranzas prometen es la alegría misma de Jesús: una alegría buscada y encontrada en la *obediencia al Padre* y en la *entrega a los hermanos*.

5. Jóvenes de Canadá, de América y de todas las partes del mundo, *mirando a Jesús* podéis aprender *lo que significa* ser pobres de espíritu, mansos y misericordiosos; lo que significa buscar la justicia, ser limpios de corazón, artífices de paz.

Con la mirada fija en él, podéis descubrir la senda del perdón y de la reconciliación en un mundo a menudo presa de la violencia y del terror. Durante el año pasado hemos experimentado con dramática evidencia el rostro trágico de la malicia humana. Hemos visto lo que sucede cuando reinan el odio, el pecado y la muerte.

Pero hoy la voz de Jesús resuena en medio de nuestra asamblea. Su voz es *voz de vida, de esperanza y de perdón*; es voz de justicia y de paz. ¡Escuchémosla! Escuchemos la voz de Jesús.

6. Queridos amigos, la Iglesia hoy os mira a vosotros con confianza y espera que os convirtáis en *el pueblo de las bienaventuranzas*.

Bienaventurados vosotros, si sois, como Jesús, pobres de espíritu, buenos y misericordiosos; si sabéis buscar lo que es justo y recto; si sois limpios de corazón, artífices de paz; si amáis y servís a los pobres. ¡Bienaventurados vosotros!

Sólo Jesús es el verdadero Maestro; sólo Jesús presenta un mensaje que no cambia, sino que responde a las expectativas más profundas del corazón del hombre, porque sólo él sabe "lo que hay en el hombre" (*Jn* 2, 25). Él sabe lo que hay en el hombre, en su corazón. Hoy él os llama a ser *sal* y *luz* del mundo, a escoger la bondad, a vivir en la justicia, a ser instrumentos de amor y de paz. Su llamada siempre ha exigido elegir entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte. La misma invitación se dirige hoy a vosotros, que estáis aquí, a las orillas del lago Ontario.

7. ¿Qué llamada elegirán seguir *los centinelas de la mañana*? Creer en Jesús significa aceptar lo

que dice, aunque vaya en contra de lo que dicen los demás. Significa rechazar las seducciones del pecado, por más atractivas que sean, y seguir el camino exigente de las virtudes evangélicas.

Jóvenes, escuchadme, responded al Señor con corazón fuerte y generoso. Él cuenta con vosotros. No lo olvidéis: *Cristo os necesita para realizar su proyecto de salvación*. Cristo necesita vuestra juventud y vuestro generoso entusiasmo para hacer que resuene *su anuncio gozoso en el nuevo milenio*. Responded a su llamada poniendo vuestra vida al servicio de él en los hermanos. Fiaos de Cristo, porque él se fía de vosotros.

8. Señor Jesucristo,
proclama una vez más
tus Bienaventuranzas
ante estos jóvenes
reunidos en Toronto
para su Jornada mundial.

Mira con amor
y escucha estos corazones jóvenes
que están dispuestos a
arriesgar su futuro por ti.

Tú los has llamado a ser
"sal de la tierra y luz del mundo".
Sigue enseñándoles
la verdad y la belleza
de las perspectivas que anunciaste
en la Montaña.

Transfórmalos en *hombres y mujeres*
de las Bienaventuranzas.

Que brille en ellos
la luz de tu sabiduría,
de forma que con
sus palabras y obras
sepan difundir en el mundo
la luz y la sal del Evangelio.

Haz que toda su vida sea
un reflejo luminoso de ti,
que eres la Luz verdadera,

que vino a este mundo,
para que quien crea en ti no muera
sino que tenga la vida eterna
(cf. *Jn* 3, 16).

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana